

CARTA DE IGNACIO A LOS ESMIRNIOS

(En este documento se encuentra el registro escrito más antiguo sobre lo que ya se estaba dando en algunas partes, que hubiese distinción entre obispo y presbítero, considerando al obispo superior a los presbíteros o ancianos. No obstante que este documento puede tener algún valor histórico-cultural, debe advertirse que su contenido, en algunos aspectos como el caso del obispado de su capítulo VIII, es contrario a las Escrituras y, por lo mismo, para el pueblo cristiano esa parte no tendría ningún valor espiritual)

Firma y saludo.

Ignacio, por sobrenombre Portador de Dios: A la Iglesia de Dios Padre y del amado Jesucristo; la que alcanzó misericordia en todo don de la gracia; la que está colmada de fe y caridad, sin que le falte carisma alguno; Iglesia divinísima y portadora de santidad, establecida en Esmirna del Asia: Mi más íntimo saludo en espíritu irrepachable y en palabra de Dios.

Loa del destinatario. Profesión de fe.

I. Yo glorifico a Jesucristo, Dios, que es quien hasta tal punto os ha hecho sabios; pues muy bien me di cuenta de cuán aperecidos estáis de fe incommovible, bien así como si estuvierais clavados, en carne y en espíritu, sobre la cruz de Jesucristo, y qué afianzados en la caridad por la sangre del mismo Cristo. Y es que os vi llenos de certidumbre en lo tocante a nuestro Señor, el cual es, con toda verdad, *del linaje de Dios según la carne*, Hijo de Dios según la voluntad y poder de Dios, nacido verdaderamente de una virgen, bautizado por Juan, *para que fuera por Él cumplida toda justicia*. 2. De verdad, finalmente, fue clavado en la cruz bajo Poncio Pilatos y el tetrarca Herodes -de cuyo fruto somos nosotros, fruto, digo, de su divina y bienaventurada pasión-, *a fin de alcanzar bandera por los siglos*, por medio de su resurrección, entre sus santos y fieles, ora vengan de los judíos, ora de los gentiles, aunados en un solo cuerpo de su Iglesia.

Los docetas, entes aparenciales.

II. Porque todo eso lo sufrió el Señor por nosotros a fin de que nos salvemos; yo lo sufrió verdaderamente, así como verdaderamente se resucitó a sí mismo, no según dicen algunos infieles, que sólo sufrió en apariencia. ¡Ellos sí que son la pura apariencia! Y, según como piensan, así les sucederá, que se queden en entes incorpóreos y fantasmales.

“Tocad, palpad y ved”

III. Yo, por mi parte, sé muy bien sabido, y en ello pongo mi fe, que, después de su resurrección, permaneció el Señor en su carne. 2. Y así, cuando se presentó a Pedro y sus compañeros, les dijo: *Tocadme, palpadme y ved cómo yo no soy un espíritu incorpóreo*. Y al punto le tocaron y creyeron, quedando compenetrados con su carne y con su espíritu. Por eso despreciaron la misma muerte o, más bien, se mostraron superiores a la muerte. 3. Es más, después de su resurrección, comió y bebió con ellos, como hombre de carne que era, si bien espiritualmente estaba hecho una cosa con su Padre.

Fieras en forma humana.

IV. Ahora bien, carísimos, todo eso os lo encarezco, aun a sabiendas de que también vosotros sentís así. Pero es que yo hago de centinela por vosotros contra esas fieras en forma humana, a las que es necesario que no sólo no las recibáis entre vosotros, sino que, de ser posible, ni aun topardes debéis con ellas. Lo único que os cumple es que roguéis por ellos, por si hay manera de que se conviertan, cosa por cierto difícil. Sin embargo, eso cae dentro del poder de Jesucristo, verdadera vida nuestra.

2. Porque si sólo en apariencia fueron hechas todas estas cosas por nuestro Señor, luego también yo estoy cargado de cadenas en apariencia. ¿Por qué, entonces, me he entregado yo, muy entregado, a la muerte, a la espada, a las fieras? Mas la verdad es que estar cerca de la espada es estar cerca de Dios, y encontrarse en medio de las fieras es encontrarse en medio de Dios. Lo único que hace falta es que ello sea en nombre de Jesucristo. A trueque de sufrir juntamente con Él, todo lo soporto, como quiera que Él mismo, que se hizo hombre perfecto, es quien me fortalece.

Los que niegan, son negados.

V. A Él, por desconocerle, le niegan algunos; o, más bien, han sido por Él negados, como abogados que son antes de la muerte que de la verdad. Gentes a quienes no han logrado convencer los profetas ni la ley de Moisés, ni siquiera, hasta el presente, el Evangelio mismo, ni los sufrimientos de cualesquiera de nosotros. 2. Y es que sobre nosotros profesan también la misma opinión.

Porque, ¿de qué me aprovecha que alguien me alabe a mí, si maldice de mi Señor al no confesar que lleva una carne? El que esto no confiesa, le ha negado absolutamente, y es él entonces quien lleva sobre sí un cadáver.

3. Ahora, por lo que hace a sus nombres, como son de gentes infieles, no me pareció bien consignarlos aquí. Es más: ni aun acordarme quisiera de ellos hasta que se conviertan a aquella pasión que es nuestra resurrección.

Caridad, piedra de toque.

VI. Que nadie se lleve a engaño: aun las potestades celestes y la gloria de los ángeles y los príncipes, visibles e invisibles, si no creen en la sangre de Cristo, están también sujetos a juicio. *El que pueda entender que entienda*. Que nadie se engría por el lugar que ocupa, pues el todo está en la fe y en el amor, a las que nada se puede anteponer.

2. Por lo demás, respecto a los que profesan doctrinas ajenas a la gracia de Jesucristo, venido a nosotros, daos cuenta cabal de cuán contrarias son al sentir de Dios. La prueba es que nada se les da por el amor; no les importa la viuda y el huérfano, no se les da nada del atribulado, ni se preocupan de quién esté encadenado o suelto, hambriento o sediento.

Los herejes huyen de la Eucaristía.

VII. Apártense también de la Eucaristía y de la oración, porque no confiesan que

la Eucaristía es la carne de nuestro Salvador Jesucristo, la misma que padeció por nuestros pecados, la misma que, por su bondad, resucitó el Padre. Así, pues, los que contradicen *al don de Dios*, mueren y perecen entre sus disquisiciones. ¡Cuánto mejor les fuera celebrar la Eucaristía, a fin de que resucitaran!

2. Conviene, por tanto, apartarse de tales gentes, y ni privada ni públicamente hablar de ellos, sino prestar toda atención a los profetas, y señaladamente al Evangelio, en que la pasión se nos hace patente y vemos cumplida la resurrección. Toda escisión, en cambio, huidla, como principio de males.

Todo bajo la dependencia del obispo.

VIII. Seguid todos al obispo, como Jesucristo al Padre, y al colegio de ancianos como a los apóstoles; en cuanto a los diáconos, reverenciadlos como al mandamiento de Dios. Que nadie, sin contar con el obispo, haga nada de cuanto atañe a la Iglesia. Sólo aquella Eucaristía ha de tenerse por válida que se celebre por el obispo o por quien de él tenga autorización.

2. Dondequiera apareciere el obispo, allí esté la muchedumbre, al modo que dondequiera estuviere Jesucristo, allí está la Iglesia universal. Sin contar con el obispo, no es lícito ni bautizar ni celebrar la Eucaristía; sino, más bien, aquello que él aprobare, eso es también lo agradable a Dios, a fin de que cuanto hicieris sea seguro y válido.

Exhortaciones y gratos recuerdos.

IX. Razonable cosa es que por fin volvamos sobre nosotros mismos, mientras aún tenemos tiempo para convertirnos a Dios. Bien está que sepamos de Dios y del obispo. El que honra al obispo, es honrado de Dios. El que a ocultas del obispo hace algo, rinde culto al diablo.

2. Que todo, pues, redunde en gracia para vosotros, pues dignos sois de ello. En todo me aliviasteis, como a vosotros ruego os alivie Jesucristo. Ausente, lo mismo que presente, me habéis dado pruebas de vuestro amor. Que Dios sea vuestra paga, a quien alcanzaréis, como todo lo soportéis por su amor.

Mis cadenas, rescate vuestro.

X. Bien hicisteis en recibir, como a ministros que son de Cristo Dios, a Filón y Reo Agatópode, que me van acompañando con la sola mira de Dios. Ellos dan también gracias al Señor por vosotros, por haberlos aliviado de todas las maneras. Nada de eso ha de ser perdido para vosotros.

2. Por rescate vuestro ofrezco mi espíritu y mis cadenas, que vosotros no despreciasteis altivamente ni os avergonzasteis de ellas. Tampoco de vosotros se avergonzará aquel que es vuestra cabal esperanza: Jesucristo.

Un embajador de Dios a Antioquía.

XI. Vuestra oración ha llegado hasta la iglesia de Antioquía de Siria, desde donde, cargado de estas divinísimas cadenas, voy saludando a todos, yo, que no soy digno de contarme entre ellos, pues soy el último de todos; sin embrago, porque así

lo quiso el Señor, y no por los méritos de que yo tenga conciencia, sino de pura gracia de Dios -¡y ojalá me sea dada cumplida!-, fui hecho digno, por vuestra oración, de alcanzar a Dios.

2. Ahora bien, para que vuestra obra llegue a su perfección, tanto en la tierra como en el cielo, es conveniente, para honor de Dios, que vuestra iglesia elija a un embajador divino que vaya hasta la Siria y les felicite por gozar de paz y haber recobrado su propia grandeza y se haya restablecido el propio cuerpecillo de aquella iglesia.

3. Así, pues, me ha parecido cosa digna de Dios enviar a alguno de los vuestros con una carta, a fin de que celebre juntamente con ella la bonanza divina que les ha sobrevenido y que por vuestra oración hayan felizmente arribado ya al puerto. Si sois perfectos, tened también pensamientos de perfección. Porque si vosotros estáis decididos a obrar bien, pronto está Dios también a procuraros lo que hubieris de necesitar.

Saludos y despedida.

XII. Os saluda el amor de los hermanos de Troas, desde donde también os escribo por mano de Burro, que enviasteis conmigo juntamente con los efesios, hermanos vuestros, y que en todo me ha aliviado. ¡Y pluguiera a Dios que todos le imitaran, como dechado que es en el ministerio de Dios! Que la gracia se lo recompense de todo en todo. 2. Saludo a vuestro obispo, digno de Dios; al divino colegio de ancianos, y a los diáconos, consiervos míos, y a todos los del pueblo en general, en nombre de Jesucristo, en su carne y en su sangre, en su pasión y resurrección, corporal a par que espiritual, en la unidad de Dios y de vosotros. Que la gracia sea con vosotros; la misericordia, la paz y la paciencia en todo momento.

Saludos particulares.

XIII. Saludo a las familias de mis hermanos, con sus mujeres e hijos, a las vírgenes que son llamadas “viudas”. Recibid mi adiós en la virtud del Padre. Os saluda Filón, que está conmigo.

2. Mi saludo a la familia de Tavías, a la que ruego se afiance en la fe y en el amor, tanto corporal como espiritual. Saludo a Alce, nombre para mí querido, y a Dafno, el incomparable, y a Eutecno, y nominalmente a todos. Adiós en la gracia de Dios.

This document was created with Win2PDF available at <http://www.win2pdf.com>.
The unregistered version of Win2PDF is for evaluation or non-commercial use only.
This page will not be added after purchasing Win2PDF.